

diseño narrativo —que prescinde de todo lo accesorio para concentrarse en lo esencial— producen un efecto imborrable. Algo tremendo y doloroso está ocurriendo por razones que no comprendemos ni podemos evitar lo que valdría como una definición de la tragedia: sólo los dioses saben por qué los hombres tienen que sufrir tan duras penitencias» (p. 70).

Otra de las grandes virtudes del volumen comentado es el dosificado equilibrio con que Oviedo balancea novela y poesía, dándole la importancia sustantiva que esta última tiene, y a la vez prestándole una atención muy pormenorizada al teatro, que Oviedo conoce muy de cerca y sigue con atenta puntualidad en los más diversos países. Si todo ello contribuye a la irreprochable solidez del conjunto, lo que vuelve tonificante su lectura es la punzante agudeza con que Oviedo emite sus juicios o elige versos reveladores ya que él, como vimos, prefiere a la objetividad descriptiva la valoración crítica: señalar lo que está vivo desde este presente desde el cual escribe. Su lacónico balance de la aventura exteriorista de Ernesto Cardenal es diciente sobre sus tomas de partido:

«Como todo intérprete de la palabra de Dios, nos promete el reino de los justos, pero a veces tiende a ver las cosas entre nubas-

rrones apocalípticos y con los lentes dogmáticos del iluminado por la Verdad: su generoso humanismo está rodeado por los peligros del absolutismo» (p. 127).

Lleno de observaciones sutiles, el volumen nos brinda imágenes muy sugestivas de los autores comentados, muchos de los cuales Oviedo ha tratado personalmente además de seguir el curso de sus obras muy de cerca. Por ello hablará de Octavio Paz como «voluntarioso» y «melancólico» a la vez; dirá de Fernando del Paso: «es uno de esos escritores —hay dos o tres en Hispanoamérica— que no se resiste a aceptar que el arte de escribir consiste en dejar cosas sin decir» (p. 368) y mostrará, con mucho tacto, cómo la fascinación provinciana de Severo Sarduy por las modas intelectuales parisinas (estructuralismo, deconstrucción) terminó por recortar y debilitar los alcances de su aventura creativa.

Pero obviamente esto no es lo importante: lo decisivo es una historia que subraya las figuras claves, de Cortázar a García Márquez, de Nicanor Parra a Blanca Varela, para terminar abriendo un sugestivo espacio donde los nombres recientes hallan hospitalaria cabida. Al hablar de Sergio Ramírez o de Óscar Hahn, Oviedo no sustituye la historia por la crónica de nuestros días. Contribuye a perfilar

una nueva historia de nuestras letras, generosa, participativa, y capaz de darle una conciencia más justa a estos años que si bien padecieron los extravíos de la historia, en sus tergiversaciones políticas, como lo demuestra a fondo su desolador capítulo sobre «Los desaparecidos y los muertos: una lista trágica», también logró que la violencia se tornara creativa, como lo reconoce en sus análisis precisamente de dos colombianos ilustres: Gabriel García Márquez y Enrique Buenaventura.

Al aporte fundamental que significan los tres tomos *The Cambridge History of Latin American Literature* (1996) editada por Roberto González Echeverría y Enrique Pupo Walker y a los tres tomos del *Diccionario Enciclopédico de las letras de América Latina* (1995) dirigido por José Ramón Medina y coordinado por Nelson Osorio en la Biblioteca Ayacucho, se añaden ahora los cuatro volúmenes de Oviedo para darnos, con vivacidad más polémica, complementarias visiones de un mundo amplio, rico y coherente. Los cinco siglos en que el continente americano aprendió a expresarse con lúcida imaginación. Una de las semblanzas mejor trazadas del último volumen de Oviedo es el paralelo entre Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama. Los dos críticos que, como en un cuento de Borges sobre teólogos enfrentados, terminan por ser una sola persona

explorando una misma verdad compartida: las letras americanas. Con razón Oviedo comienza su *Historia* con la imprescindible cita de Reyes: «Todo lo sabemos entre todos». En reconocimiento a la desvelada y útil tarea de Oviedo podemos añadir una cita de Ángel Rama al prologar, un año antes de su muerte, su volumen de ensayos sobre *La novela latinoamericana* (1982), con estas palabras:

«La novela es el género vulgar de la época, el que enciende el imaginario de los más, aquel en que ha venido a cifrarse el honor triunfante del continente, olvidando que sus virtudes mayores están en su poesía y su ensayística, los viejos géneros reales» (p. 10).

Si no he mencionado la perspicacia con que Oviedo también ha puesto en relación a los ensayistas americanos es precisamente porque una reseña no es más que una incitación a una lectura, en este caso apasionante: la que el ensayista y crítico peruano José Miguel Oviedo nos depara con esta obra bien escrita y mejor pensada que ya se nos volvió necesaria.

Posdata con salvedades: Un buen número de erratas afean este volumen. Algunas llegan a ser involuntariamente cómicas como la conversión de nuestro fallecido amigo Oscar Hermes Villordo en un

«Orestes Villordo» (p. 60) lo cual de seguro lo hubiera hecho sonreír. En la p. 55 aparece un nuevo género humano: el de los «dividualistas» y en la 79 nos encontramos con algo ciertamente «intrincado y confuso»: un niño cuyas dos caras nos resultan «inextricables». Pero el capítulo 23 sobrepasa el número tolerable de erratas ya que la *Historia* se convierte en *Hisistoria* y la novela de Antonio Skármeta pasa a titulares (influjo de la cinta de Moebius) *Soné que la moeve ardía* (p. 397) y el cubano Benítez Rojo pasa del exilio norteamericano al «exlio» norteamericao (p. 411) lo cual no deja de tener sus bemoles. No hay duda de que estos correctores peninsulares tienen mucho que aprender todavía.

Juan Gustavo Cobo Borda

Nuevos aires de Eugenio F. Granell

De entre las diversas novedades editoriales que el aire fresco de este nuevo año trae consigo, no debemos ignorar las últimas entregas de la Fundación Eugenio Granell. Nos referimos a los dos volúmenes que, preparados por la profesora Isabel

Castells, vienen a documentar, por un lado, una faceta del pintor surrealista que hasta el momento no ha recibido la atención merecida por parte de lectores y críticos —esto es, su asidua colaboración en el diario *La Nación*, de la República Dominicana—, y por otro, aportan recientes interpretaciones y estudios sobre la obra del autor de *Isla cofre mítico*.

Eugenio F. Granell, como tantos otros intelectuales españoles y europeos que vivieron la amenaza bélica —llámese Civil o Mundial—, padeció la experiencia del exilio; recuérdese el caso del también gallego Rafael Dieste, o de los artistas plásticos Roberto Matta, Yves Tanguy, Stanley William Hayter o André Masson, hombres que podemos denominar *trasterrados*, según la conocida apreciación de José Gaos. En el caso que nos ocupa, el artista coruñés cruza las aguas del Océano en dirección a América, huyendo de la esterilidad y el empobrecimiento sociocultural de la España del franquismo y del yermo panorama que ofrece una Europa que iniciaba su segunda contienda mundial.

El asombro que para los ojos europeos supuso el variopinto continente americano creará una conmoción irreversible en las líneas estéticas de los artistas recién arribados a estos territorios, como así ocurre en la obra de Eugenio F. Granell. Durante sus años de exilio en

la República Dominicana, además de su importante y directa vinculación a la estética fundada por André Breton y a su conocida actividad como violinista, pintor o escritor de alguno de los textos más celebrados del surrealismo, el artista gallego desarrolló una faceta que hasta la fecha se mantenido soterrada para gran parte de su público, para quien el nombre de Eugenio F. Granell significa, sobre todo, creación plástica de una mágica y desbordante fuerza telúrica. Forman parte de esta otra faceta suya sus comentarios y notas para el diario *La Nación*, tarea que desarrolló entre 1940 y 1945, y que ahora se recoge en el libro que aquí presentamos, *El Aire fresco de Eugenio F. Granell*. Sus columnas diarias bajo el lema sugestivo de *Ventilador* ofrecen imaginativas e irónicas reflexiones sobre temas aparentemente distantes de la actualidad, pero que se aproximan, en virtud del poder de la parodia y el humor, a los delicados hilos que hilvanaban el día a día del entramado social de aquellos años. De su mano, y en estas páginas, podremos encontrar disertaciones sobre arte y crítica social y cultural, así como meros juegos conceptuales y, en fin, disparates al estilo ramoniano que liberan a los objetos de sus pétreas presencias cotidianas con el propósito de indagar sus otras realidades. En *El Aire Fresco*, por tanto, las intenciones y obsesio-

nes temáticas de su autor se adentran bajo las redes contradictorias de la vida y su reverso.

Un señor se apeó de su automóvil ante una peluquería. Entró y se sentó en un cómodo sillón. El barbero se aproximó a él, solícito y atento:

—¿Qué desea el señor? ¿El cabello?, ¿la barba?, ¿loción...?

—No, —respondió el caballero al tiempo que sacaba un grueso volumen del bolsillo de su chaqueta—, vine aquí a leer «El Paraíso Perdido», de Milton.

(«Cosas»)

Sin embargo, es oportuno señalar que no todos los textos seleccionados compiten en régimen de igualdad a la hora de establecer una valoración final de lo que Eugenio F. Granell supone como mordaz receptor de los entresijos humanos. En ocasiones, tal vez porque muchos de ellos nacieron a la luz de la vertiginosa inmediatez de la escritura periodística, sus «parábolas», «animales» y «relatos» carecen de una chispa, de la tensión irónico-crítica del mejor surrealismo al que nunca ha renunciado. En ocasiones, sus «pastillas de jabón» y sus «diálogos vacunos», prorrumpen en fáciles bagatelas y anécdotas del todo superfluas.

* * *

En el segundo de los volúmenes mencionados, que supone la cuarta